

## EL CARISMA DEL CANTOR AL SERVICIO DE LA COMUNIDAD

### **SOBRE LA FORMA DE CANTAR EN LA COMUNIDAD Y DE COMO HACER ESTE SERVICIO EN LA VIDA DE LA COMUNIDAD**

*Extraído del libro "Vida en Comunidad", de Dietrich Bonhoeffer*

#### ***Cantar en común***<sup>272</sup>

A la lectura de los salmos y a la lectura bíblica se añade al canto en común; con él la voz de la Iglesia alaba, agradece e implora a su Señor.

"*Cantad al Señor un cántico nuevo*" nos repite el salmista. Es el cántico nuevo entonado cada mañana, en honor de Cristo, por la comunidad familiar, y que estamos llamados a cantar con toda la Iglesia en la tierra y en el cielo. Dios quiere ser celebrado con un cántico eterno, y entrar en su Iglesia es unir la voz a este coro inmenso. Es "*el canto de alegría de las estrellas del alba y de las aclamaciones de los hijos de Dios que suben hasta Él de toda la creación*"<sup>273</sup>. Es el canto victorioso de los hijos de Israel después del paso del mar Rojo, el *Magnificat* de María después de la anunciación, el himno de alabanza de Pablo y Silas en la noche de su prisión, "el cántico de Moisés y del Cordero" cantados por los creyentes liberados "sobre un mar de cristal", el himno nuevo de la Iglesia celestial<sup>274</sup>.

Cada mañana, la Iglesia aquí en la tierra une su voz a este canto universal y, al atardecer, vuelve sobre él para señalar el final de la jornada. Su finalidad es alabar a Dios trino y su obra. Pero es distinto el cántico en la tierra que en el cielo. En la tierra es el cántico de los que creen; en el cielo, el de los que contemplan; en la tierra es un canto hecho de pobres palabras humanas; en el cielo son "palabras inefables que ningún hombre puede expresar"<sup>275</sup>, el cántico nuevo que nadie puede aprender si no son "los 144.000"<sup>276</sup> acompañado por las "arpas de Dios"<sup>277</sup>. ¿Qué podemos saber nosotros de este cántico nuevo y de las arpas de Dios? Nuestro cántico nuevo es un canto terrestre, un himno de peregrinos y viajeros a quienes ha llegado la palabra de Dios que ilumina nuestro camino. Está vinculado a la palabra reveladora de Dios en Jesucristo. Es el canto sencillo de los hijos de esta tierra, llamados a ser hijos de Dios; no es un cántico exaltado ni estático, sino centrado en la palabra revelada, con sobriedad, gratitud y recogimiento.

"*Cantando y alabando al Señor en vuestros corazones*"<sup>278</sup>. El cántico nuevo ha de ser entonado en primer lugar en nuestro corazón. De otro modo no es posible cantarlo. El corazón canta porque está lleno de la presencia de Cristo. De ahí que, en la Iglesia, el canto es un acto espiritual. Presupone la sumisión a la Palabra y a la

---

<sup>272</sup> Dietrich Bonhoeffer, "Vida en comunidad", pág. 57-62. "2. El Día en Común" — Ediciones Sígueme, 1992.

<sup>273</sup> Job 38, 7.

<sup>274</sup> Ap 15, 2.

<sup>275</sup> 2 Cor 12, 4.

<sup>276</sup> Ap 14, 3.

<sup>277</sup> Ap 15, 2.

<sup>278</sup> Ef 5, 19.

comunidad, mucha humildad y una gran disciplina. Un cántico que no fuese cantado con el corazón no sería más que un himno horrible y confuso de autoalabanza humana. Cuando no se canta por Dios, se canta por uno mismo o por la música. Pero así el cántico nuevo se transforma en un canto a los ídolos.

*"Hablando entre vosotros con salmos, himnos y cánticos espirituales"*<sup>279</sup>. Nuestro cantar sobre esta tierra es lenguaje, *palabra* cantada. ¿Por qué cantan los cristianos cuando están juntos? Ante todo porque el canto en común les brinda la posibilidad de pronunciar y pedir, juntos y al mismo tiempo, la misma cosa, es decir, manifestar su unidad mediante una palabra común. La palabra cantada tiene su espacio en todas las reuniones cristianas. El hecho de que no hablemos sino cantemos en común no hace más que subrayar que las palabras son incapaces de expresar todas nuestras experiencias, mientras que el canto tiene un poder de expresión mucho más rico. Sin embargo el canto está unido a palabras que nosotros pronunciamos para alabar a Dios, darle gracias, invocar y confesar su nombre. De este modo la música está íntegramente al servicio de la palabra y traduce lo que ésta tiene de incomunicable.

Debido a su total vinculación a la palabra, el canto de la Iglesia, sobre todo cantado en familia, es esencialmente un canto al unísono. Su naturaleza exige que el vínculo entre la palabra y la música sea simple. Su melodía, totalmente libre, está sostenida única y esencialmente por la fuerza interior de la palabra cantada y por tanto no necesita de ningún apoyo polifónico. "Cantemos hoy con una sola voz, al unísono y desde el fondo del corazón", dice un canto bohemio. *"Para que unánimes, a una sola voz, glorifiquéis al Dios Padre de nuestro Señor Jesucristo"*<sup>280</sup>. La pureza del canto al unísono, exento de la ornamentación de una musicalidad dudosa; la claridad no enturbia por las veleidades de asignar a la música un privilegio junto a la palabra; la sencillez y sobriedad, la humildad y el calor de esa manera de cantar, son las características esenciales que conviene al canto de la Iglesia. Sin embargo, solo después de un ejercicio paciente nuestro oído llega a abrirse poco a poco a su belleza. La cuestión del canto al unísono en una comunidad depende de su poder de discernimiento espiritual. Por cantar al Señor y su palabra en un mismo espíritu, el canto al unísono se canta desde el corazón.

Existen algunos enemigos del canto al unísono que deben ser eliminados sin contemplación de la comunidad. A través del elemento musical es por donde llegan a introducirse más fácilmente en el culto el mal gusto y la frivolidad. Entre esos enemigos, señalamos en primer lugar la segunda voz improvisada, tan frecuente en los cantos en común y que, intentando dar base y plenitud a la melodía que flota libremente, mata la melodía y la palabra cantada. Otro de los enemigos es la voz baja o alta que se cree en la obligación de llamar la atención de todo el mundo sobre la potencia de su registro cantando una octava diferente. Algo

---

<sup>279</sup> Ef 5, 19.

<sup>280</sup> Rom 15, 6.

parecido sucede con el solista que quiere hacer valer su magnífica voz cubriendo la de los otros cantores con fortísimos exagerados. Enemigos también, aunque menos peligrosos, son los que "no tienen oído", y por esta razón no quieren cantar, aunque son menos numerosos de lo que pretenden. Más numerosos, en cambio, son los que, a causa de su estado anímico o mal humor, no quieren unirse al canto, rompiendo así la unidad de la comunidad.

El canto al unísono, por difícil que sea, más que musical, es una cuestión espiritual. Sólo en la comunidad donde cada uno adopta interiormente una actitud de recogimiento y disciplina, el canto puede brindarnos el gozo que le es propio incluso con imperfecciones musicales.

Es la voz de la Iglesia la que se hace audible en el canto en común. No soy yo el que canta sino la Iglesia, pero como miembro de la Iglesia puedo participar de su canto. Así, el canto en común debe servir para ampliar nuestro horizonte espiritual, para llevarnos a reconocer nuestra comunidad como un eslabón de la gran comunidad cristiana extendida por toda la tierra, y a unir libre y gozosamente nuestro canto - débil o potente - al canto de la Iglesia.

*Servir a los otros*<sup>281</sup>

No es la autojustificación y, en consecuencia, el espíritu de violencia lo que debe prevalecer en la comunidad, sino la justificación por la gracia y el consiguiente espíritu de servicio mutuo. Aquel que ha experimentado, aunque sea una sola vez, la misericordia de Dios en su vida, en adelante no desea más que una cosa: servir a los otros. Ya no le atrae el papel pretencioso de juez, sino que desea encontrarse entre los pobres y humildes allí donde Dios lo ha encontrado. *"Unánimes entre vosotros, no seáis altivos, sino acomodaos a los humildes"*<sup>282</sup>.

El que quiere aprender a servir, debe aprender ante todo a tenerse en poco. *"Por la gracia que me ha sido dada, os digo a cada uno de vosotros: no os sobreestiméis más de lo que conviene estimaros"*<sup>283</sup>. "Conocerse a sí mismo a fondo y aprender a tenerse en poco, es la tarea más alta y útil. No buscar nada para sí mismo y tener, en cambio, siempre una buena opinión de los demás, es la gran sabiduría, la gran perfección"<sup>284</sup>. *"No seáis sabios en vuestra propia estimación"*<sup>285</sup>. Sólo aquel que vive del perdón de sus pecados en Jesucristo adquiere la verdadera humildad, pues sabe que ese perdón marcó el fin de su propia sabiduría; recuerda que la propia sabiduría perdió a los primeros hombres que quisieron conocer el bien y el mal, y que Caín, el primer hombre nacido sobre la tierra después de la caída, fue un homicida. Ese es el fruto de la sabiduría humana. Debido a que el cristiano ya no puede creerse sabio, tendrá en poca estima sus planes y proyectos personales, y

---

<sup>281</sup> Dietrich Bonhoeffer, "Vida en comunidad", pág. 100-101. "4. El Servicio" - Ediciones Sígueme, 1992.

<sup>282</sup> Rom 12, 16.

<sup>283</sup> Rom 12, 3.

<sup>284</sup> Tomás de Kempis.

<sup>285</sup> Rom 12, 16.

comprenderá que es bueno que su voluntad sea domeñada en confrontación con el prójimo. Estará dispuesto a considerar más importante y más urgente la voluntad del prójimo que la suya propia. ¿Qué importa si se desbaratan los propios planes? ¿Acaso no es mejor servir al prójimo que imponer la propia voluntad?

*No ser altivos*<sup>286</sup>

También la honra del prójimo es más importante que mi propia gloria. "*¿Cómo vais a creer vosotros, que recibís la gloria de unos de otros, y no buscáis la gloria que viene del único Dios?*"<sup>287</sup>. El que busca su propia gloria se olvida de Dios y del prójimo. ¿Qué importa que se me hagan agravios? ¿Acaso no habría merecido un castigo más severo si Dios no hubiera procedido misericordiosamente? ¿Acaso la injusticia que padezco no está mil veces justificada? ¿No será útil y bueno para mi humildad que aprenda a soportar en silencio y pacientemente alguna cosa? "*Es mejor un espíritu paciente que un espíritu altivo*"<sup>288</sup>. El que vive de la justificación por la gracia, está dispuesto a aceptar también ofensas y vejaciones, sin protesta, como provenientes de la mano severa y misericordiosa de Dios. No es ciertamente buena señal que no podamos soportar tales cosas sin apelar en seguida al ejemplo de Pablo que, maltratado, hizo valer su derecho de ciudadano romano, o al de Jesús, que dijo al que le golpeaba: "*¿Por qué me pegas?*". En cualquier caso, ninguno de nosotros podrá obrar como Cristo o Pablo si no ha aprendido primero, como ellos, a callar ante el oprobio y el ultraje. El pecado de la susceptibilidad que con tanta presteza florece en la comunidad nos demuestra continuamente cuánta ambición o, lo que es lo mismo, cuanta incredulidad hay latente todavía.

En fin, el no creerse sabio, el humillarse ante el humilde, significan simple y llanamente tenerse por el más grande pecador. Esto suscita la protesta más ardiente del hombre natural, y también la del cristiano consciente de sí mismo. Suena a exageración, a hipocresía. Sin embargo, el apóstol Pablo dijo de sí mismo que era el primero, es decir, el más grande de los pecadores<sup>289</sup>, precisamente allí donde habla de su ministerio de apóstol. Yo no puedo conocer verdaderamente mi pecado si no desciendo a esta profundidad. Si mi pecado, al compararlo con el de los otros, me sigue pareciendo de algún modo menos grave y menos condenable, es que mi desconocimiento de él es absoluto. Mi pecado es necesariamente el mayor, el más grave y el más condenable, porque para el pecado de los demás el amor fraterno me hace encontrar excusas, pero para el mío no hay excusa. Por esta razón es el más grave.

Hasta estas profundidades habrá que descender para poder servir a los hermanos en la comunidad. ¿Cómo podría servir a mi hermano con humildad si su pecado me parece mucho más grave que el mío? Convencido de mi superioridad ¿podría

---

<sup>286</sup> Dietrich Bonhoeffer, "Vida en comunidad", pág. 101-103. "4. El Servicio" - Ediciones Sígueme, 1992.

<sup>287</sup> Jn 5, 44.

<sup>288</sup> Ecl 7, 8.

<sup>289</sup> 1 Tim 1, 15.

seguir teniendo esperanza en él? Esto sería una hipocresía. *"No pienses que has hecho algún progreso en tanto no te creas inferior a todos los demás"*<sup>290</sup>.

¿En qué consiste, entonces, el verdadero servicio a nuestros hermanos en la comunidad? Hoy tendemos fácilmente a responder que el único servicio auténtico es el ministerio de la palabra. Es verdad que este servicio es único y que todos los demás le están subordinados, pero una comunidad cristiana no se compone solamente de predicadores de la palabra, *"o de cantores"*. Abusar de esto, y dejar de lado las otras cosas, importantes también, sería una insensatez.

*Servir a Dios*<sup>291</sup>

*"El que de vosotros quiera ser el primero, sea siervo de todos"*<sup>292</sup>. Jesús ha unido así la autoridad en la comunidad al servicio fraterno. No existe verdadera autoridad espiritual sino el servicio de escuchar, ayudar, soportar a los otros y anunciarles la Palabra de Dios. En la comunidad no existe lugar alguno para el culto a la personalidad, por muy importantes que sean las cualidades y dones naturales que la adornen; es totalmente profano y envenena la comunidad.

La comunidad no necesita de personalidades brillantes sino de fieles servidores de Jesucristo y de sus hermanos. Por lo tanto, ella no entregará su confianza más que a aquel que quiere ser un simple servidor de la palabra de Jesús, pues sabe así que no será guiada por sabiduría y vanidad humanas, sino por la palabra del buen pastor. El problema de la confianza espiritual que tan estrechamente relación guarda con el problema de la autoridad - *y con el servicio del cantor en particular* -, encuentra su solución en la fidelidad con que el hombre se pone al servicio de Jesucristo, pero jamás en los dones extraordinarios de que dispone.

---

<sup>290</sup> Tomás de Kempis.

<sup>291</sup> Dietrich Bonhoeffer, "Vida en comunidad", pág. 116-118. "4. El Servicio" - Ediciones Sígueme, 1992

<sup>292</sup> Mt 10, 43.